

Hace tres años, cuando reflexionamos sobre este pasaje del Evangelio, nos quedamos con la pregunta incontestable: ¿Qué pertenece al César y qué pertenece a Dios?

Jesús salió de la trampa que le habían tendido los herodianos y los fariseos, dejándonos perplejos con su respuesta durante 2000 años. Tal vez recuerde que analizamos dos soluciones tradicionales al acertijo de Jesús que han resultado inviables a lo largo de los años.

En la Edad Media, la teoría era que todo le pertenecía a Dios. Esto solo condujo a constantes batallas. Después de la Ilustración, la teoría ha sido que nada pertenece a Dios. Esto ha llevado a actuar como si la fe fuera una preocupación estrictamente privada.

Durante toda esta semana hemos visto cómo la fe no es solo una preocupación privada, afecta la forma en que interactuamos con el estado. La Iglesia y el Estado pueden diferir esencialmente; tienen diferentes fines, pero de alguna manera están relacionados. Cada uno reclama la lealtad de las mismas personas. El Estado impulsor del bien común de los ciudadanos; la Iglesia promoviendo el bien supremo, la obra redentora de salvación.

Todos los intentos de "arreglar" la relación entre la Iglesia y el Estado están predestinados. La Iglesia y el Estado mantienen una relación viva entre sí. Esto se desarrollará en nuestras vidas durante las próximas semanas mientras nos preparamos para votar. Arriba y abajo de la papeleta debemos decidir: ¿cómo equilibramos el bien común y el bien último?

Cada uno debe llegar a su propia conclusión. Es un ejercicio de nuestra responsabilidad bautismal ayudar a gobernar la tierra. Votar es un acto de mayordomía. Un mayordomo no es un propietario. Un mayordomo se preocupa por la propiedad de otro. Debemos gobernar nuestro patrimonio para pasarlo a nuestros hijos y nietos mejorados, no disminuidos.

La votación afecta el estado en el que se encontrará la herencia en el futuro. Debemos luchar con los problemas, escuchar a ambos lados de una discusión, discernir quién es digno de confianza, elegir quiénes serán buenos líderes. Todo con un ojo puesto en el bien común y el otro en el bien último.

Entonces, ¿cuáles son las buenas noticias? Dios está obrando en el mundo tanto con los que están dispuestos como con los que no lo están, con los que tienen fe y con los que no tienen fe. Trabajamos junto con todas las personas de

buena voluntad para buscar el bien común de nuestra nación y el bien supremo de todas las personas.

Somos ciudadanos tanto de la nación como ciudadanos de la ciudad de Dios.